



“Conclusión”

p. 149-152

*Historia de la fiebre amarilla
Nacimiento de la medicina tropical*

François Delaponte

Georges Canguilhem (presentación)

Luz María Santamaría (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines

1989

168 p.

Fotografías

ISBN 968-6029-07-9

Formato: PDF

Publicado en línea: (día mes año)

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/247/fiebre-amarilla.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CONCLUSIÓN

Es necesario distinguir, entre la densidad de los discursos, lo que corresponde al análisis reflexivo y lo que forma parte de la historia de las ideas científicas. Cuando los estudiosos reflexionan sobre su oficio, brindan de él un relato transfigurado, una historia contingente que pone en juego su perspicacia y sus decisiones. Describir este nivel no era colocarnos en la misma posición, que pretende redistribuir los méritos y disminuir el grado de originalidad de unos para acrecentar el de otros. La intención era más bien indicar la función de las versiones históricas y neutralizar las interferencias que éstas introducen; establecer cómo y por qué Finlay ocultó la obra de Manson, y la Comisión Norteamericana el papel de los ingleses; es decir, despejar el camino para proponer otra perspectiva histórica. La condición previa para ello era describir el objeto propio de la historia de las ciencias o sea, el análisis de las estructuras teóricas de los enunciados científicos, el del material conceptual y el de los campos de aplicación de los conceptos.

Exponer la forma en que Finlay importó y utilizó la teoría de Manson era volver sensible e inteligible la formación de su hipótesis. Asimismo, presentar la forma en que Durham y Myers orientaron a la Comisión Norteamericana era ilustrar, con este ínfimo suceso, un conjunto de necesidades. Nuestro objetivo era describir las prácticas discursivas puestas en práctica y las reglas por las que se rigen. De un trabajo como el presente, Finlay y Reed no resultan ni engrandecidos ni disminuidos. No está en juego el valor de los individuos.

Dentro de la densidad de los discursos científicos, también era menester distinguir lo que era del orden de las falsas afirmaciones y lo que pertenecía a las transformaciones epistemológicas. Cuando los estudiosos (o los historiadores) emprenden un análisis epistemocrítico, enfatizan los errores de quienes se les adelantaron y siempre trazan la misma línea divisoria, la que separa aquello no considerado todavía como científico de lo que definitivamente sí lo es. Describir este nivel no era colocarnos en él, querer valorar el error y rehabilitar lo que a través de él aparece como intuición



sutil digna de admiración. La intención era más bien indicar la función de estos análisis y soslayar sus simplificaciones inherentes. Establecer cómo y por qué Ross ocultó el significado histórico de los trabajos de Manson, y Reed el de la obra de Finlay, es despejar también el camino para proponer otra perspectiva histórica. La condición previa para ello era la descripción del objeto propio de la arqueología de las ciencias, el análisis de las transformaciones de los campos del saber, la detección de los umbrales epistemológicos, el examen de la formación de los objetos, de los conceptos y de las teorías.

Establecer cómo, a través de falsas propuestas, puede ir tomando cuerpo una práctica discursiva generadora de nuevos enunciados era mostrar las transformaciones de la medicina tropical. Estas hicieron surgir nuevos objetos: los artrópodos; nuevas disciplinas como la parasitología comparativa, la parasitología experimental y la entomología médica: nuevos conceptos, como el del huésped intermedio activo.

La epidemiología, al poner en práctica toda una serie de procedimientos inéditos (registro de sucesos, detección de las interdependencias, estudio de la biología de los organismos), se convirtió en la “historia natural de las enfermedades transmisibles”.¹ Desmontar el dispositivo clásico (el cual describe más bien la historia cultural de las enfermedades transmisibles²), hizo posible el surgimiento de los “complejos patógenos”.

La base histórica de este análisis es estrecha. Examina el desarrollo de la epidemiología y de sus métodos tan sólo durante veinte años. Sin embargo, se trata de uno de esos periodos que marcan un imborrable umbral cronológico: el descubrimiento de los huéspedes de algunas enfermedades poco conocidas (filariosis) o famosas (paludismo, fiebre amarilla). El momento en que un nematodo, un protozooario y un virus encuentran su lugar en sus respectivos huéspedes. Lo que era fundamentalmente invisible ha sido atrapado por fin en el complejo juego de sus interacciones. Se tiene la impresión de que, por primera vez, los médicos abandonaron los caminos trillados y consintieron en seguir las extrañas sendas de estos destinos fatales. Pero el análisis debe invertirse, pues han cambiado las formas de visibilidad. Este nuevo espíritu epidemiológico, del cual sin duda alguna los trabajos de Manson, Laveran y Finlay son el primer testimonio, no entra en el orden de las purificaciones, ya sea



psicológico o científico. Para que este experimento hubiera servido de conocimiento, se hubiese requerido una reorganización del campo de observación, la percepción de nuevos objetos y una redefinición completa de las alianzas entre los seres vivos.

Esta tríada de enfermedades (elefantiasis, paludismo y fiebre amarilla), que casi parecerá barroca por la similitud de sus manifestaciones mórbidas, lo era todavía más en su modo de transmisión: esas formas que emprenden el vuelo. A finales del siglo XIX, aparecen estas extrañas relaciones maquinales. La enfermedad surge donde los seres vivos conectan su porvenir y buscan obstinadamente sus fines. En la época en que sus contemporáneos se dedicaban a hacer imitaciones, Manson, Laveran y Finlay fueron los primeros cartógrafos del mundo patológico. Sabemos que el mapa se contrapone a la copia: "Se enfoca totalmente hacia una experimentación en conflicto con la realidad... contribuye a la conexión de los campos, al desbloqueo de los cuerpos sin órganos, a su máxima apertura en un plano de consistencia".³

Con Laveran, Manson y Finlay, se esfuma por fin un muy antiguo símbolo: la muerte que pica viene a sustituir a la muerte que siega. La aguja sustituye a la guadaña. El cuadro *La columna rota* de Frida Kahlo es, sin duda, el testimonio moderno más desgarrador de esta mutación de símbolos.

Notas

- 1 H. Harant, *Histoire de la parasitologie*, París, 1955, p. 26.
- 2 F. Delaporte, *Disease and Civilization*, Cambridge, Londres, 1986.
- 3 G. Deleuze y F. Guattari, *Rhizome*, París, 1976, p. 37.



La columna rota (Pintura de Frida Kahlo)